

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

51-52

JULIO-DICIEMBRE

1953

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:

DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. EDUARDO GARCÍA MÁYNEZ

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Salvador Azuela

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto	\$ 4.00
Número atrasado	\$ 5.00

Sumario

ARTICULOS		Página
		—
Luis Cernuda	<i>Tres poetas metafísicos</i>	9
Arnaldo Cosco	<i>Canto XXVII del Infierno</i>	21
José Gaos	<i>Sobre los estudios de filosofía en nuestra Facultad</i>	41
Juan Hernández Luna	<i>El iniciador de la historia de las ideas en México</i>	65
Allan Lewis	<i>El teatro del realismo socialista Máximo Gorky</i>	81
Alberto T. Arai	<i>Bosquejo para una estética del paisaje</i>	99
Olga Prjevalinsky Ferrer	<i>"Las almas muertas" de Gólgol y "El Quijote"</i>	127
Fernando Salmerón	<i>Las ideas estéticas de Ortega y Gasset</i>	141
Juan A. Ortega y Medina	<i>La "Universitas Christiana" y la disyuntiva imperial de la España del siglo XVI</i>	159
Manuel Moreno Sánchez	<i>Una teoría del paisaje Mexicano</i>	191
Luis Weckman Muñoz	<i>Los orígenes de las misiones diplomáticas permanentes</i>	203

	Página
Inés Vargas de Núñez	<i>La poética de Igor Stravinsky</i> 233
Domingo Martínez Parédez	<i>Hunabku: Síntesis del pensamiento filosófico maya</i> 265
Marianae V. de Bopp	<i>Friedrich Von Schiller</i> 277

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Elí de Gortari	<i>La filosofía científica</i> . (Hans Reichenbach.) 289
Beatriz E. Ibarra S.	<i>La razón y sus enemigos en nuestro tiempo</i> . (Karl Jaspers.) 292
Raúl Cardiel Reyes	<i>La génesis de la conciencia liberal en México</i> . (Francisco López Cámara.) 296
Eduardo Luquín	<i>La trayectoria de Goethe</i> . (Alfonso Reyes.) 302
Eduardo Luquín	<i>Coatlícue. Estética del arte indígena antiguo</i> . (Justino Fernández.) 308
Ma. del Carmen Landero	<i>Un hombre perdido en el universo</i> . (Miguel Ángel Cevallos.) 312
Wonfilio Trejo R.	<i>La formación de la mentalidad mexicana</i> . (Patrick Romanell.) 316
Abelardo Villegas	<i>Análisis del ser del mexicano</i> . (Emilio Uranga.) 324
Xavier Tavera	<i>Hidalgo en Jalisco</i> . (Jesús Amaya.) 329
J. H. L.	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras</i> 333

LA "UNIVERSITAS CHRISTIANA" Y LA DISYUNTIVA IMPERIAL DE LA ESPAÑA DEL SIGLO XVI

I

EL DESVIO DE UNA MISION PROVIDENCIAL

1. *Cruzada tradicional española: el programa africano de Isabel*

En 1517 penetraba en España el joven Carlos acompañado de su séquito borgoñón-flamenco, para tomar posesión de los reinos de Aragón y Castilla y de las posesiones que a ambos pertenecían. Sobre el monarca se condensaban las aspiraciones de la Casa de Austria y las de Castilla y Aragón. Por su lado la Iglesia ayudó en todo lo que pudo a la política expansionista ibérica; la intervención de la Iglesia española en el célebre Compromiso de Caspe (1412); y la ya tradicional a partir de la fecha remota de la evangelización peninsular son hitos demostrativos de que la historia de la Iglesia española es la historia de España. La conjunción político-eclesiástica trenzó el cáñamo y la seda de la civilización y cultura hispanas: a esta apretada y varia urdimbre responden por igual glorias y abyecciones, éxitos y fracasos, amores y odios, arte y ramplonería.

Fernando de Aragón es la encarnación viva del príncipe soñado por Maquiavelo, sus tortuosidades políticas parecen así confirmarlo. Hasta hay quien asegura que sirvió de modelo al florentino, por lo menos disputa, y no sin cierto éxito, este privilegio a Luis XI de Francia y a César Borgia, paradigmas de cauteloso y ambicioso maquiavelismo. El rey aragonés estaba preocupado, escribe Madariaga, del "cómo y del cuándo" de la política; pero "la religiosa, encarnada por Isabel, era esencial y

permanente, y orientada al fin".¹ La reina fué la heredera legítima del viejo espíritu de cruzada; su interés en proseguirla sobre el territorio del norte de Africa quedó plasmado en su renombrado mensaje africanista. Las empresas militares posteriores de Cisneros, Carlos I y los Felipes contra turcos y zarracenos, nos están indicando la fuerza tradicional del legado políticorreligioso de Isabel; legado que, en última instancia, no es sino la expresión y condensación oficiales de un sentimiento religioso, nacionalista, colectivo, entusiasta, popular y secular; sentimiento hondo y serio, firme y seguro, que eliminaba los obstáculos morales y que se ejercitaba, sin embargo, al traducirse en obras, al buen tuntún; testamento con solera de experiencias y de siglos. Los contemporáneos de Isabel sintieron forzosamente la misión como un designio providencial. La afición de los Reyes Católicos a guerrear contra la morisma parecía ser movida, según Pérez del Pulgar "por alguna divina inspiración".² Esta guerra, no obstante, era muy distinta a la que se había mantenido durante siglos; ochocientos años de un tenaz conflicto hispanomusulmán, interactivo y conformativo, que ha sido denominado, con manifiesta ceguera por los historiadores tradicionalistas, la *Reconquista*.³ El asidero trascendental era el mismo, mas no se hacía mucho hincapié en esto último. Los hombres confiaban en Dios; pero mucho más en la preparación y esfuerzos personales; soplaban diferentes vientos que los que habían impelido a los guerrilleros ascetas de la reconquista. Copiándolo de los *Comentarios* de Xenofonte, Palacios Rubios aconsejaba a los guerrilleros profesionales, pues que ya lo eran, el ejercitarse más en el arte de la guerra que en el de impear la ayuda divina.⁴ Santiago Matamoros todavía realizaría sus ya desmayadas hazañas por el campo de la teohistoria española; pero sus postre-ras galopadas, bien dudosas por cierto, y a Bernal Díaz nos remitimos,

1 Salvador de Madariaga, *España, Ensayo de Historia Contemporánea*. Buenos Aires, Edit. Sudamericana (4ª edición), 1944, p. 45.

2 Pérez del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*. T. LXX, v. 5 de la "Biblioteca de Autores Españoles", p. 410.

3 Con harta y maliciosa razón se ha podido decir que cómo es posible denominar reconquista a una cosa que duró ocho siglos. Sin embargo, el término posee ya la ventaja de su estereotipación.

4 Palacios Rubios, *Tratado del esfuerzo bélico-heroico*. Madrid, Edición de la "Revista de Occidente", 1941, p. 57.

LA "UNIVERSITAS CHRISTIANA" Y LA ESPAÑA DEL SIGLO XVI

tendría que hacerlas, caballero en su blanco corcel, por entre los magueyales y nopaleras del Anáhuac.

La guerra se convierte en una técnica, y el empirismo de antaño da paso al refinamiento de los tratados bélicos; ⁵ aun se seguiría hablando por mucho tiempo de propagación de la fe y de guerra contra la Media Luna, la enemiga tradicional; ⁶ pero el ideal caballeresco se iba encarrujando tal como ocurre con los olivos centenarios al paso de los años. La guerra se aplebeya y pierde el sello de singularidad personal y caballerial que antes poseyera. Comenzó a predominar el general sobre el condestable, y la infantería de extracción popular sobre la caballería nobiliaria; se pasaba así de la etapa guerrera caballeresca a la soldadesca. Los castillos se desmoronan a los impactos de las pellas férreas o pétreas disparadas por las lombardas y culebrinas, y los acerados escuadrones ceden el sitio a los cuadros de peonías de ballesteros y arcabuceros erizados de picas. Es el salto que media entre las batallas pintadas por Paolo Ucello al cuadro de "Las Lanzas" de Velázquez; y Bayardo, "el héroe sin tacha y sin miedo", traspasado por un vulgar escopetazo, representa el símbolo periclitante, elocuente y marchito de la época.

Aparece también la justificación de la guerra utilizando argumentos completamente nuevos. La razón de estado, es decir las circunstancias políticas, los amparan y explican. La Historia alza su vuelo y abandonando el teatro intemporal y simbólico del medioevo, se mete de rondón en el callejón metafísico. Los anales y cronicones sincronizan y secularizan sus noticias, y en lugar de buscar, como antes, las *explicitaciones* en Cristo, las encuentran ahora en el hombre. El individualismo renacentista ha puesto su yo, lo ha entronizado en un lugar que antes le estaba vedado, que

5 Cfr. Jorge Vigón, en *Milicia y regla militar*. Madrid, Espasa, 1949. En esta interesante obra de espíritu castrense se mencionan con gran simpatía los famosos tratados bélicos de diversos autores: de Bernardino Escalante, *Diálogo de la verdadera honra militar*, 1575; de Ximénez de Urrea, *Diálogo del arte militar*, 1583; del conde Rebolledo, *Selva militar política*, 1652; de fray Diego José, *El soldado católico en la guerra de religión*, y el ya reseñado de Palacios Rubios. El tratado de fray Diego José representa el tránsito del ideal heroico clásico del caballero renacentista al heroico contrarreformista del cristiano caballero puesto al servicio de la iglesia tridentina. (Vid. en Werner Weisbach, *El barroco, arte de la Contrarreforma*. Madrid, Espasa y Calpe, 1942, pp. 76-79).

6 Anónimo, *Apéndice a la crónica de los Reyes Católicos*. Op. cit., p. 257.

anteriormente le era inaccesible: la Historia se ha convertido en Historiografía, a saber "en vasto depósito de experiencia valiosa".⁷ La época exige algo más que la mera fe, el mundo se encuentra en tránsito de secularización y, allende esto, se exige del pasado que lo sea en cuanto tal, verbigracia que se convierta en antecedente histórico al servicio de una causa política; en suma que sea un pasado pragmático, aprovechable.

Aunando voluntades y convicciones nacionales los Reyes Católicos transforman la cruzada espiritual en actividad meramente conquistadora, y, sobre todo, unitaria y política. Los Reyes hacen de la fe un instrumento más de dominio y, apoyándose en los apetitos de la clase media y popular y en las ambiciones desmedidas de la nobleza y de la naciente burguesía, atizan el fanatismo y transforman la ya decadente tolerancia castellana (de los siglos XI al XIII) en movimientos de persecución y odio, preparándose así los terrenos emocionales que culminarían en la expulsión de judíos y árabes españoles. De la transigencia de Castilla, cabeza tolerante de tres religiones, se pasa a la intransigencia de no admitir sino una, que centra en sí misma las proliferaciones nacionales. No basta con tener sometido a tributo al reino granadino, sino que hay que conquistarlo invocando peligros ya reales o imaginarios. El aparato técnico y legal que se pone en juego utiliza los viejos marchamos; pero el pregón no es el mismo, por debajo de la invocación a Cristo se desliza la corriente ambiciosa de la unidad y del poder políticos. Para un observador aturrullado los añejos símbolos proclaman al parecer la misma antigua creencia, mas perescrutando se advierte la inyección secular que aquella recibiera. Hay un doble juego en que se presenta ora una cara ya la otra, de las dos que, como las de Jano, manifiestan la alternativa bélica o pacifista; el codeamiento entre lo espiritual y temporal.

Isabel se hacía eco de las aspiraciones y ambiciones de los hombres y clases de su tiempo. Al sur de la Península Ibérica, grupos de gentes de mar, semiguerreros, semicomerciantes y semicorsarios,⁸ mantenían frente a la frontera africana una porfiada lucha a título de defensores de

7 Edmundo O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. Imprenta Universitaria, México, 1947, p. 27. Véase también del mismo autor *La conciencia histórica de la Edad Media*. Separata del Colegio de México, México, 1942, pp. 52-59.

8 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española*. Barcelona, Editorial J. Gil, 1908, t. II, p. 395.

Cristo y de adelantados de la penetración reconquistadora. Con ellos se contaba antes que con nadie, para reconquistar el norte de Africa y devolverlo a la Cristiandad, a la vez que se soñaban las futuras acciones debeladoras como una vía en cuyo final se encontraban los Santos Lugares. El pueblo veía el proyecto con regocijo por un triple motivo tradicional y emocional: seguridad ante el peligro sarraceno, esperanza de botín y ensanchamiento de la fe cristiana; era, en suma, una empresa que poseía el elemento más importante que se requiere para toda ejecución feliz, lo popular.

En aquellos terribles y duros fronterizos hispanos se cifraban las esperanzas conquistadoras, y no cabe duda que hubieran alcanzado aquellos ombres su objetivo a no ser por algo accidental e imprevisto que se les travesó en el camino haciéndoles desviarse de él para siempre. Altamira tribuye a los asuntos de América y a las luchas contra Francia la destención, por parte de España, de la política africanista que la tradición y a necesidad aconsejaban, y está en lo justo. Hubo incluso un momento en que el interés africano estuvo a punto casi de anular el americano. El Duque de Medinasidonia zarpaba en 1497 con la armada que se había preparado para la expedición de Colón de ese mismo año. El Duque puso sitio a Melilla y al cabo la conquistó; para el 30 de mayo del siguiente año las naves estaban ya aparejadas, listas para dar comienzo a lo que habría de ser el tercer viaje colombino.⁹ Pero lo que olvidó Altamira añadir, es

9 Vid. en Andrés Giménez Soler, *Fernando el Católico*. Edit. Labor, Col. Ecc. et Patria, 1941, p. 195. Para el señor G. Soler, la utilización de la escuadra colombina en empresas africanas resulta providencial, el aviso, según escribe "de que no en América sino en Africa estaba el verdadero Imperio"; afirmación esta última cuya censura no nos podemos aguantar. Hay en esta frase del historiador un manifiesto deahogo y un indisimulable desencanto y despecho a todas luces antihistórico; y, por lo mismo, se nos hace difícil silenciarlos. Por un lado su afirmación resulta ser el socorrido e infantilísimo derecho al pataleo, por el otro, la típica manifestación romántica sufrida por más de un historiador, que ha sido calificada de "espejismo regresivo" o intento de remontarse hasta el reinado de los Reyes Católicos para comenzar de nuevo como si tal cosa, la etapa africanista al parecer frustrada desde aquel entonces. (Vid. Américo Castro, *España en su historia: cristianos, moros y judíos*. Bs. As., Edit. Lozada, 1948, p. 27). Expresión la del señor Giménez Soler, que el propio historiador Toynbee no tendría el menor reparo de incluir como una muestra más de lo que éste llama "arcaísmo" histórico; arcaísmo en el que están muy seriamente empeñados los más, si no todos, de los historiadores actuales de España.

que por 1497 la empresa indiana aun no ofrecía muchos atractivos. Hasta 1521 (conquista de México) las Indias no comenzaron a dar rendimiento; antes de tal fecha supusieron una penosa carga, un negocio pésimo y ruinosísimo.

2. *Culminación del momento histórico*

La Conquista de Granada y el Descubrimiento de América alborozan el orbe cristiano. España toda siente el júbilo inmenso de las profecías realizadas; su misión providencial la empuja, como ya ha sido indicado, a la reconquista del norte de Africa y al rescate del Santo Sepulcro, y los Reyes Católicos ven en el Descubrimiento, rosicler entrevelado y realzado por el Almirante, el primer signo inequívoco de la misión ineludible y redentora de España. Tras el primer viaje colombino el entusiasmo subió al punto no sólo en la Península, mas asimismo en toda la Cristiandad. Los Reyes no tuvieron empacho, en plena euforia provocada por el segundo viaje de Colón en curso, en dar con fecha 10 de abril de 1495 una cédula real en la que se declaraban libres y abiertos a la navegación y al tráfico las rutas de las Islas de Occidente. El propio Colón con sano regocijo de cruzado escribiría con atolondrada exultación lo que sigue:

Celébrese procesiones; háganse fiestas solemnes; llénense los templos de ramas y flores; gócese Cristo en la tierra cual se regocija en los cielos, al ver la próxima salvación de tantos pueblos, entregados hasta ahora a la perdición. Regocijémonos, así por la exaltación de nuestra fe como por el aumento de bienes temporales, de los cuales no sólo habrá de participar España sino toda la Cristiandad.¹⁰

He aquí un auténtico programa de explotación y de mesianismo evangelizador en el que no iba a participar únicamente España sino todo el ecumene tradicional y cristiano. Ante los ojos de Europa se abrían hermosísimas perspectivas de lucro y de acción misionera. Nada menos que un hombre, que resultaba providencial hasta en su apelativo, había logrado hacer más práctico y expedito el esquema portugués denominado "Plan de las Indias". Consistía el mismo, según lo escribiera el papa Nicolás V en 1454, en llegar por la ruta lusitana hasta las Indias, que se suponían

10 *"Carta del Almirante don Cristóbal Colón al señor Rafael Sánchez, Tesorero de los Reyes"*. México, Edición facsimilar. Imprenta Universitaria, 1930, p. 15.

cristianizadas, para obtener, según se creía, "el socorro de los cristianos de Occidente contra los sarracenos y enemigos de la fe, y al mismo tiempo, sometería[n] los portugueses, con el real permiso, a los paganos de aquellos parajes aun no infectados de la peste mahometana, haciéndoles conocer el nombre de Cristo":¹¹ el esquema luso y el posterior proyecto colombino parecieron coincidir, por cierto con grandísimo recelo de los portugueses.

"España se siente, escribe Xirau, y es sentida por todos como la heredera de todos los anhelos que animaron las Cruzadas".¹² Los Reyes Católicos perciben los ojos del mundo clavados como dardos en ellos, y se apresuran enardecidos a descargar el doble golpe decisivo sobre el pecho y espaldas del Islam, pues si Catayo y Cipango estaban ya casi a la mano por obra y gracia del Almirante, pronto se podría estrechar el cerco en torno a los odiados y abominables ismaelitas. Pero bien pronto se disiparon estas ilusiones, y con ellas los temores de los lusitanos siempre tan celosísimos de su sigiloso monopolio africano.

3. *Desaliento y nueva esperanza. Un viraje decisivo*

Poco a poco el mundo se fué enterando de que la pretendida retaguardia del oriente mahometano estaba constituida por nuevas y promisorias tierras de conquista; percatándose de que la geografía medioeval, la teogeografía, se ensanchaba dando cabida heterodoxamente a una *Cuarta Parte* apenas si profetizada por las *autoridades*.¹³ El ojo entre familiar y curioso con que Europa la veía se trocó prestamente en inquisitivo, y de pasmo en pasmo fué creciendo el contorno cartográfico de un continente asombroso nunca antes conocido ni oído jamás. Ante la profunda angustia producida por la imperiosa necesidad de justificarlo, se desató, por fuerza, una maraña de logomáquicas discusiones y se discurrieron todos los trucos filológicos y científicos con tal de hacer encajar la Amé-

11 Cit. por Luis Bertrand, en *España país creador*. México, Edit. Atlántida, 1942, p. 142.

12 Joaquín Xirau, *Humanismo español*. Ensayo en "Cuadernos Americanos", (año 1º). México, 1942, N° 1, p. 142.

13 Edmundo O'Gorman, *Curso sobre historia de América*. Facultad de Filosofía y Letras, México, Curso de 1943.

rica en el casillero tradicional de la cultura aristotélico-escolástica.¹⁴ Todo en balde, todas las especulaciones resultaban tan abstrusas o estólicas, y tan absurdas e incomprensibles, sin lugar a dudas, como la alidona en las entrañas de las golondrinas y vencejos. Así fué como América contribuyó de un modo definitivo al abandono del ferviente y proficuo interés de cruzada medioeval y africana.

El mutuo interés de Castilla y Aragón comenzó a torcer la dirección inicial a consecuencia del descubrimiento de América; y las nuevas fuerzas y circunstancias históricas, que por una parte ataron a España a las nuevas tierras, y que por otra la uncieron al yugo políticodinástico de Europa, hicieron a la larga mudar el interés mediterráneo-africano por el atlántico-euroamericano.¹⁵ El Renacimiento, el Descubrimiento, y más tarde la Reforma darán nuevo sabor y tono a la actuación española. La cruzada contra Mahoma perderá fuerza y hasta llegará casi a olvidarse ante las nuevas exigencias evangelizadoras de América, y ante las fuerzas desencadenadas por la conmoción religiosa efectuada en Europa: por inescrutables juicios divinos, pensaban los hombres, lo que se iba perdiendo y lo que no se recuperaba en Africa, estaba compensándose con la evangelización y conquista de las Indias. Frente a la vieja idea de reconquista y expansión a costa del infiel, la política compulsora y unificadora de la cristiandad. La Iglesia que había animado con fervoroso batallar la primera hace lo propio con la segunda, incluso más, pues con ella se jugaba una carta decisiva, la de la supervivencia: gracias a España, conviene proclamarlo porque a veces se olvida con demasiada y sospechosa frecuencia, aun se sienta en el solio de San Pedro un pontífice de la catolicidad.

14 Edmundo O'Gorman, *Fundamentos de la historia de América*. México, Imprenta Universitaria, 1942, pp. 85-134.

15 Angel Palerm Vich considera este momento como el crucial que decide un cambio radical de frente y por el cual la realeza castellana deja de apoyarse en la incipiente burguesía española y se echa de bruces sobre la antigua vencida nobleza, malográndose así la marcha hacia un Estado español monárquico-burgués y representativo. (Véase el ensayo, *El industrialismo y la decadencia*, en "Presencia", núms. 5 y 6. México, 1949, pp. 38-80.) Esta tesis concuerda a grandes rasgos, sin que los sospeche quizá su autor, que será sin duda el primero en deplorar semejante coincidencia, con la expuesta por Fedor Ganz en el *Ensayo marxista de la historia de España*. Madrid, (Editorial Cenit, 1934, pp. 23-25).

LA "UNIVERSITAS CHRISTIANA" Y LA ESPAÑA DEL SIGLO XVI

España, si bien no al principio, se sintió atraída hacia la sirena trasatlántica de un modo irresistible; el nuevo paraíso americano descubierto por Cristóbal Colón resultó ser andando el tiempo un imán muchísimo más atrayente y menos expuesto que el fogoso intento de rescatar el Santo Sepulcro. Sin saberlo, Colón situaba dicho paraíso en América;¹⁶ los utopistas del renacimiento topizarán sus sueños pensando en ella; los misioneros españoles terrenalizarán lo utópico, según expresión feliz de Eugenio Imaz;¹⁷ y los soldados conquistadores, para no ser tal vez menos, irán sembrando por el Continente sonambulescas fábulas de quimeras, eldorados, fuentes de juventud, paganismos de amazonas y mirajes deslumbradores de Cibolas y Quiviras. Allende esto, insistamos, la tendencia europea-dinástica desviará el curso de España del álveo tradicional de su corriente histórica africana, contribuyendo también por su lado al abandono de la empresa heróico-burguesa por tierras de Africa, muy a pesar de todo el entusiasmo que pusiera en la empresa, y puso muchísimo, tanto o más que Isabel e incluso con sentido más práctico, el astuto rey Fernando.¹⁸

16 *Cartas de Cristóbal Colón a los Reyes Católicos*, enviada desde la Española (18-x-1498) en Edmundo O'Gorman, *Navegaciones colombinas*. México, Biblioteca Enciclopédica Popular, v. 209, 1949.

17 Cit. Eugenio Imaz en el *Prólogo a las Utopías del Renacimiento*. México, Fondo de Cultura Económica, 1941. Véase también del mismo autor, y sobre el mismo tema, en el "Noticiero Bibliográfico", F. C. E., México, 1941, t. II, N° 50. Sobre el erasmismo peninsular en su proyección tópica americana pueden consultarse los siguientes ensayos: Silvio Zavala, *Ideario de Vasco de Quiroga*. México, El Colegio de México, 1941; *La utopía de Tomás Moro en la Nueva España*. México, 1937, y *Letras de utopía*. "Cuadernos Americanos", N° 2, México, 1942, pp. 146-152; Pedro Henríquez Ureña, *Erasmistas en el Nuevo Mundo*. "Suplemento Literario de "La Nación", (8-x-1935), Buenos Aires; y Marcel Bataillon, *Erasmus en el Nuevo Mundo* "Cuadernos Americanos", N° 3, México, 1950, pp. 182-195. Véase asimismo del mismo autor, *Erasmus y España. Estudio sobre la historia espiritual del siglo XVI*, (traducción de Antonio Alatorre), en donde se adiciona como apéndice el ensayo anteriormente reseñado, México, F. C. E., 1950.

18 Antes que el señuelo americano, se levantó el gravísimo estorbo de la complicada situación europea a la que Fernando tuvo que hacer por fuerza frente. Sin las extravagancias del emperador Maximiliano y sin los apetitos franceses frente a Italia, Fernando hubiera podido realizar su grandioso plan: reconquistar el norte de Africa, los Santos Lugares y arrinconar al turco; la última gran cruzada que no

Algo habría, empero, de ineluctable compromiso histórico y de similar espíritu de conquista y cruzada, cuando la que no realizaron los soldados cristianos de España la efectuaron sus hermanos y enemigos de armas (los renegados españoles y árabes andaluces expulsados) bajo el mando del elche granadino Yawdar, al conquistar a través del desierto de Sahara el imperio negro de Gao y Tumbuctú, en el Sudán, setenta años después de que Cortés se hubiera abierto paso por entre las altas tierras del imperio nahoa de Moctezuma Xocoyotzin.¹⁹

II

LA IDEA IMPERIAL DE CARLOS V

4. *Los tres rumbos del Imperio*

Ante el joven rey Carlos I de España, lo mismo que antaño ante sus abuelos maternos, se presentaban tres caminos a seguir; pero de los tres uno precisamente seguía siendo, a pesar de todo, el favorito y el que además tenía el consenso popular, el africano. Frente al enemigo sarraceno los pueblos peninsulares ardían llenos de entusiasmo y olvidando sus rencillas y resquemores regionalistas presentaban un frente común. En mayo de 1476, retrocedamos un poco, los sevillanos acuden en socorro de los portugueses que se hallan asediados en Ceuta por una patulea morisca enardecida por un santón, un sufí entre profeta y energúmeno que andaba apellidando a la tierra.²⁰ Pero avancemos de nuevo el tiempo. Ante las tropas acantonadas en Barcelona en vísperas de la expedición contra Túnez el propio Emperador hubo de disipar de viva voz el descontento de los soldados, que estaban recelosos por temor a que se les embarcase

pudo llevarse a cabo, no precisamente por la oposición que presentaban los enemigos de la cristiandad, lo que no quiere decir que fuera leve, sino justamente por los recelos y falta de solidaridad entre las naciones cristianas. Véase el vasto plan de Fernando en la obra de José M. Doussinague, *La política internacional de Fernando el Católico*. Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1944, p. 493. El capítulo XXII de esta obra es luminoso, no menos que el mapa que va al final del libro.

19 Vid. en Emilio García Gómez, *Españoles en el Sudán*. Madrid, "Revista de Occidente", t. I, 1935, pp. 93-117.

20 En Mosén Diego de Vera, *Crónica de los Reyes Católicos*. Revista de Filología Española, Madrid, 1927, anejo VIII, p. 86.

para Italia o Francia. Cuando la tropa comprendió lo infundado de sus temores estalló en vítores; mas cuando supo por boca del Emperador que se les destinaba contra Túnez, el entusiasmo alcanzó proporciones de enajenación, sin excluir de ella desde el general al último sollastre.²¹ En suma, frente a estos dos ejemplos extraídos de épocas distintas podemos reafirmarnos en lo que dejamos asentado páginas atrás: el pueblo no disminuyó su entusiasmo por la empresa medioeval africana, pese al atrayente reclamo de las Indias descubiertas hacía poco, y en trance ya de fructífera conquista; pero el ajedrez político europeo obligaría las más de las veces al enroque real, y con él a la pasividad frente a Africa. La actividad reconquistadora se trocó en actitud defensiva, y se convino en mantenerla a raya, aunque a la larga resultara demasiado costoso,²² antes bien que en someterla: los hitos de Túnez y Lepanto, con todo y ser tan reputados, y los fracasados proyectos del malogrado Don Juan de Austria,²³ hermanastro de Felipe II, son ejemplos, entre muchos que pudieran citarse, del nuevo sesgo y encaramiento del problema.

El segundo camino es el americano, vía por la que pronto transcurrirá toda el ansia reprimida y fallida del anterior programa, y por la que no tardará mucho en desfilar el entusiasmo popular, ya desencantado (a fuerza de presión dinástica y política) de su ensueño y cruzada medioevales. La expedición, por ejemplo, de Pedrarias Avila (1514) se hizo con lo más granado de la nobleza media de Andalucía y Castilla atraída ya por el olorillo de las nuevas posibilidades de lucro que iban deparando las Américas. Nadie mejor que el cronista Pedro Mártir para darnos un relato fiel del cambio de perspectiva realizado. Cuando él decide permanecer en Granada tras de haber asistido al asalto y rendimiento de la ciudad, no lo hace tanto por los obtentos y congruas que los Reyes le ofrecen, sino, como el mismo escribiera, "porque en parte alguna del mundo veía llevar

21 Cit. Francisco Cossío, *Carlos V*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1941, p. 159.

22 Vid en Leopoldo von Ranke, *La monarquía española de los siglos XVI y XVII*. (Traducción de Manuel Pedroso) México, Edit. Leyenda, 1946, p. 59.

23 *Ibidem*, p. 60. Don Juan de Austria propuso el plan de suprimir los cinco o seis millones anuales que se gastaban para tener alejado al turco, empleando el dinero en la reconquista de Túnez, de cuyo reino él sería rey; pero sus aspiraciones reales en Africa, así como las de Italia y las que más tarde tuvo respecto a Inglaterra se vieron torpedeadas por la exclusiva, recelosa y poltronera política de su co-vachuelista hermanastro.

a cabo en estos tiempos las grandes empresas que aquí,²⁴ empresas que no eran otras sino las derivadas del *existimado*, primero, y después *comprobado* continente nuevo: es a saber, del descubrimiento de las Indias. Pedro Mártir es un historiador refinado, erudito y concienzudo, despabilado y curioso; pero no por esto deja de ser como un cuérrago providencial por el que discurrirán las aguas de las informaciones transmarinas; un cauce mediante el cual se hace claramente perceptible, casi hasta el desborde, la corriente populachera española ávida de poder y riquezas, insaciable *auri sacra fames* de la época.²⁵ Nuestro cronista no quiere, según escribe, ser historiador;²⁶ su interés es, como muchos han insinuado, periodístico. En efecto, él es el primer periodista, valga el anacronismo, de América. Su actividad históricoperiodística, a vuela pluma, abraza la causa americana y sobre ella intenta verter su apasionado frenesí imperial, y aunque él nos jure lo contrario escribe Historia, historia renacentista, es decir novedosa y pragmática. Las nuevas tierras parecían haber estado esperando a su Mesías, al joven rey Carlos; y en ellas se asentaba, según se desprende del pensamiento del cronista, el motor del imperio futuro, o lo que entonces era igual, el poderío y grandeza de España y la esperanza y salvación de la Cristiandad,²⁷ pues nada menos que a tres Europas²⁸ equivalían el valor y los recursos de América.

24 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Editorial Bajel, 1944, 1, III, p. 225.

25 Mejor sería decir de todas las épocas.

26 Pedro Mártir, *Op. cit.*, p. 107.

27 Hay que advertir que el clima político de la época estaba ensombrecido por el temor y las amenazas que provocaba la expansión oriental. Los turcos se encontraban por entonces en el punto culminante de su poderío; Mahomed II (1451-1481), Selim I (1512-1520) y Mohamed IV, con posterioridad (1648-1657). El propio Tomás Campanela recogerá este ambiente de terror y aconsejará el traslado de la Corte Pontificia, del Papa e incluso del propio Emperador a América, en caso de que los turcos se adueñaran de Europa, cosa que por lo demás se juzgase inminente (Véase de Campanela, *Sobre la monarquía española*). Ante la casi segura conquista y esclavitud de Europa por los otomanes, América resultaba ser —ya desde entonces— el continente de reserva, el salvaguardador de la libertad; el continente símbolo de la misma y la esperanza de la reconquista en el mañana. Si fuésemos de los que nos impresionáramos y rigiéramos nuestras ideas por los marchamos vo-cingleros, multiplicantes y vergonzantes de hoy día, podríamos decir como el latino, que al parecer *nihil novum sub sole*.

28 Pedro Mártir, *op. cit.*, p. 115.

LA "UNIVERSITAS CHRISTIANA" Y LA ESPAÑA DEL SIGLO XVI

El tercero y último rumbo que se abría ante Carlos I era el expansivo e imperial, que, en última instancia, no era otro sino la prolongación del añejo ideal del Sacro Imperio Romano Germánico que venía arrastrándose desde los tiempos del emperador Constantino. La Casa de Aragón, la de Castilla y la de Austria habían visto por fin coronados sus esfuerzos políticoconubiales al lograr elevar al rey Carlos I de España a la ansiada dignidad imperial. El famoso lema austríaco había llegado, sobre todo, al máximo de eficacia que jamás hubiera soñado, y mientras las otras casas reinantes se deshacían en luchas intestinas o internacionales, Austria feliz hacía matrimonios: *Bella gerant aliis: tu felix Austria, nibe*.

Pero el joven emperador iba a pagar demasiado caro todas las guerras que sus tatarabuelos y abuelos paternos se habían ahorrado: los conflictos políticos y administrativos de su inmenso y desperdigado imperio, la pugna y rivalidad francesas, la amenaza turca y, por último, como si aun fuera poco, la Reforma y las luchas religiosas posteriores.

Para ser justos con Carlos, hay que decir que en él convergían viejas aspiraciones, no ya sólo austríacas, más asimismo españolas y desde bien antaño: en su ideal de dominio imperial tanto montaron las aspiraciones maximilianescas como las isabelina y fernandinas; pero quédese el rastro de esta idea para el apartado siguiente, en donde ellas navegarán sin duda más a sus anchas.

5. *La tradición imperial española. Hispaniae consolatio*

Salvo en los remotos tiempos de la monarquía astur-leonesa (866-910), en que León, y anteriormente Oviedo, "fué mirado —escribe Menéndez Pidal— como heredero de la monarquía visigoda, y fué el verdadero centro político de los cristianos de la Península, y por esto su rey era considerado como emperador o rey de los reyes, de la España cristiana,²⁹ lo que hacía de Alfonso III, en víspera de las correrías de Almanzor, el Imperator, no había habido en España una tradición imperial sino la desdichada de Alfonso X el Sabio, en 1257, cuando la Dieta de Francfort dió el mayor número de votos a favor de Alfonso, desechando la candidatura de Ricardo Cornuailles a pesar de la oposición del Papa Alejandro IV, Conrado — que lo protegía. Hay que añadir además que Alfonso

²⁹ Ramón Menéndez Pidal, *El idioma español en sus primeros tiempos*. Buenos Aires, Colección Austral, 1942, p. 60.

regresó de Italia sin título, sin dineros y henchido de deudas y pesadumbres. A pesar del *Elogio* sobre España del sapiente monarca; del petulante "... y vengo de los godos" de los clásicos;³⁰ y del pasado imperial con sus emperadores hispanorromanos, a los que luego luego aludiría habilidosamente el Doctor Mota en su discurso espetado a los procuradores de las Cortes de la Coruña (1520) convocadas por Carlos V, no existía aún una clara y manifiesta *voluntad de imperio*.³¹

Entre las personalidades del séquito que acompañaban a Carlos al embarcarse en la Coruña (1520) para dirigirse a Alemania con objeto de ser coronado emperador, iba el joven rector de la Universidad de Bolonia, Jorge Sauerman, el cual una vez arribado a Lovaina, publicó por el mes de agosto de 1521 un libro que dedicó, a tenor de la época, a un importante personaje, en este caso el consejero imperial Don Pedro Ruiz de la Mota, al que en líneas arriba aludiéramos. Según R. G. Merriman, a quien debemos el descubrimiento de los 24 folios en cuarto de una copia en latín que se conserva en *Harvard College Library*, lo que se proponía el autor era crear un cambio de frente tal en la opinión española que la hiciese apartar de la ineficaz directriz histórica regionalista para favorecer a una nueva misión histórica de más alta bordo y vuelo, y mediante la cual se les indicaba a los españoles una ruta promisoría que los alejaría de los particularismos y provincialismos locales:

Dejar a un lado los refunfuños y cesar las quejas relativas a las dificultades locales, y ver el modo de probar que la jornada de Carlos para arribar al

30 Recuérdese entre otros a Diego de Saavedra por su obra de significadísimo título, *Corona gótica castellana* (*Vid.* en la Biblioteca de Autores Españoles, t. xxv). Lo godo llega a ser el distintivo racial que se invoca con desmesurado orgullo. Los siglos xv y xvi exaltan este sentimiento del ayer, y en la unidad peninsular autócaseles ver reverdecidas, a los clásicos, las pasadas glorias de la monarquía española.

31 Resulta, sin embargo, extraordinaria la actitud defensiva y apologética de De la Torre en un escrito confidencial que dirigiera a su amo Enrique IV de Castilla (1455), en el que exalta la riqueza de la tierra castellana, el valor de sus hombres y la tradición imperial clásica: "pues si leéis las romanas historias, bien fallaréis que de Castilla han salido y en ella nacieron hombres que fueron emperadores en Roma, y non uno, más siete; y aun en nuestros tiempos avemos visto en Italia y Francia, y en otras muchas partes, valientes capitanes" (*Cancionero y obras de Fernando de la Torre*, edición de A. Paz y Meliá, Dresde, 1907). Nació así el ansia de emular a los romanos, anhelo que tan patente llegaría a ser en los conquistadores e incluso misioneros de Indias (*Cit. Américo Castro, op. cit.*, p. 31).

LA "UNIVERSITAS CHRISTIANA" Y LA ESPAÑA DEL SIGLO XVI

Imperio se iba a llevar a cabo buscando el mejor interés de España así como el de todos sus otros reinos, y por supuesto el de la Cristiandad.³²

Insistía en dorar la píldora asegurando que si el Rey abandonaba a España para ir a Alemania lo hacía no por placer, sino con vista a crear "una monarquía universal por medio de la cual, como rey de reyes, pondría fin a la guerra entre los estados cristianos y los uniría a todos en una arremetida victoriosa contra los infieles".³³ Es decir se trataba de incitar a los españoles para que colaboraran en un designio continental, y teniendo en cuenta la natural repugnancia y recelos de los mismos, se presentaba aquél con aires de cruzada, único modo, según se sabía, para hacerles olvidar la empresa vital de la reconquista africana y de interesarlos vivamente. No cabe duda que Carlos I estaba tan entusiasmado como el que más en el nuevo propósito; pero ni él ni nadie podían prever las dificultades que se levantarían en el transcurso de su mandato imperial.

La resistencia española a estos planes estaba perfectamente justificada. Como vimos, los españoles tenían ya trazado su camino, y todo lo que los desviara de él era acogido con disgusto y recelo. Es más, por su particularismo nacional veían en las actividades venideras la continuación natural de las pasadas, pues por delante de ellos solamente se abría un futuro que se estimaba vendría a ser la repetición de un pasado architradicional de ochocientos años: guerra fronterizocivil contra la raya musulmana. Y en cuanto al éxito de las mismas no tenían más que mirarse y compararse ellos mismos, finisterres del occidente cristiano, con el otro extremo grecooriental caído en manos de los turcos en 1453. En suma los españoles aspiraban al imperio, pero no al europeo, mas al africano.³⁴

32 Roger B. Merriman, *The rise of the Spanish Empire*, New York, The Macmillan Co., 1925, p. 59, v., 1.

33 *Ibidem*.

34 En 1492 Nebrija publica la primera gramática que en lengua romance aparece en Europa, el *Arte en la lengua castellana*. La novedad era extraordinaria, inaudita, tanto que se siente obligado a defender su obra, y lo hace asentando en el prólogo de la misma la máxima de que "siempre la lengua fué compañera del imperio". La alusión a Roma y al latín es bien clara; pero en relación a España, cabe preguntarnos, ¿a qué imperio se refería Nebrija? ¿Cuál es el que él llevaba en la mente? Por muchos motivos que no hay que volver a repetir, tenemos que

El localismo español comprobaba que sus hazañas habían sido superiores a las que habían realizado los otros; que las gestas hispanas brillaban allí donde precisamente se opacaban las de los francos. La tradición talasocrática catalanoaragonesa les hacía recordar los viejos pleitos mediterráneos y, sobre todo, la brillante actuación almogávare por tierras de Bizancio en los tiempos heroicos de los Rogeres y Muntaneres: a tanto y tan valientemente cumplido no había llegado ningún reino europeo entonces. Por supuesto que en el lado castellano la conquista de Granada había sido la culminación de un deseo mantenido durante siglos; la plena confirmación de superioridad no ya sólo frente a los musulimes, sino también frente a los que 39 años antes habían dejado perecer, indiferentes, al último florón vetusto de la tradición grecorromana y cristiana, y al filo del mismo alfanje que había sido vencido y humillado en Andalucía. Como expresa Menéndez Pidal "las invasiones selyúkiés y otomanas, las invasiones almorávides, almohades y benemerines fueron dominados y acabaron en 1340, las asiáticas se recrudecieron en todo el siglo XIV".³⁵ Alguna diferencia hubo de haber sin duda que coadyuvó al éxito de los unos y al vencimiento de los otros. "Tanto tardaron los dos orbes antagónicos en resolver su contienda frente a las dos entradas de Europa, el Bósforo y Gibraltar, con resultado tan distinto para el gran Imperio de Oriente y para el pequeño reino de Occidente."³⁶ Esto puede en parte explicarnos la inercia española titubeante entre uno u otro ineludible compromiso. Cuando Carlos V desposó a la emperatriz Isabel en Sevilla, se levantaron arcos triunfales con leyendas conmemorativas de tan feliz suceso. A la entrada de la catedral se erigió un monumento dedicado a la gloria en el que podían leerse dos inscripciones de singular significación: "El Senado y pueblo de Sevilla dedica este arco al muy dichoso Emperador

eliminar el americano y quedarnos solamente con el africano. Estamos seguros que cuando él se dirigía a la reina Isabel lo hacía en la confianza de interpretar fielmente no sólo el pensamiento de ella, sino además el de todos los súbditos. Los viejos tiempos medioevales en que el árabe fuera la *lingua franca* entre todos los reinos peninsulares había pasado a la historia. El castellano iba a ser el idioma fuerte y apasionado de la conquista militar y de la misión religiosa; mas por azares del destino no fueron los campos africanos sino los americanos los que recibieron la siembra y alzaron la cosecha.

35 Ramón Menéndez Pidal, *La España del Cid*, Buenos Aires, Editorial Espasa y Calpe, Argentina, 1939, p. 490.

36 *Ibidem*.

a quien todo el mundo es deudor"; "La campaña que os guió hasta aquí con tanto bien os pondrá en Jerusalén". En el primer cartel, *mundo* alude al dominio político sobre los reinos de la tierra; se ha dado paso a un orgullo español que ya da su consentimiento, aunque todavía no pleno, a una política de dominio universal. En el segundo la campaña de que se hace mención es sin duda la de intrigas y cohechos que convirtió al rey en emperador, y que culminó con la victoria de Pavía (1519-1525); pero se insinúa, como solución natural y dedicación inmediata de la Nueva Majestad, emplear la flamante dignidad y el reciente título y poder en una empresa que sólo podría darse por terminada en la Ciudad de la Paz, tras el viacrucis previo de la gloriosa reconquista norafricana.

6. La decisión española

Cronológicamente el famoso discurso del doctor Mota es anterior al librito que dedicara Sauerman al Emperador; mas desde el punto de vista en que nos situamos conviene anteponerlo para presentarlo como la respuesta o actitud española ante los nuevos rumbos históricos. El problema para España consistía en apoyar a un emperador que lo fuese de veras; verbigracia que hiciese real la vieja tradición imperial heredada de Roma. Mota, en su discurso ante las Cortes de la Coruña, convocadas por el rey para hacer frente a los nuevos gastos que acarrearba la dignidad imperial, llamaba la atención acerca de la seria labor que había caído imprevistamente sobre España: "Ahora vino el imperio a buscar el emperador a España, y nuestro rey de España es hecho por la gracia de Dios, rey de romanos y emperador del mundo."³⁷ Era por consiguiente un trabajo inexcusable que había, que afrontar con severidad y entusiasmo, supuesto que España, según el criterio de Mota, se constituía en el corazón del Imperio. El emperador por su parte no excusaría la faena contra los infieles, y defendería así la religión católica: "en la cual tarea, añade Mota, entiende (el Emperador) con la ayuda de Dios, emplear su real persona".³⁸ Que el criterio expresado por Mota no era unánime se ve bien claramente por el énfasis disimulado que ponía en la cruzada, algo así como una intencionada concesión al espíritu

37 Cfr. Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*, Buenos Aires, Col. Austral, 1941, p. 14.

38 *Ibidem*.

nacional. Pero aun hay más, en el memorial que redactara la Junta comunera reunida en Tordesillas puede observarse netamente que la tendencia de la época se inclinaba en España al localismo. El documento respira además aires de descontento contra la administración extranjera impuesta por Carlos I, e igualmente contra su política europeizante que para el pueblo, el castellano fundamentalmente, significaba lanzarse a caminar por vericuetos desconocidos; mas a la postre Carlos decidiría y arrastraría en su decisión a toda España, incluso con beneplácito y contento de los más.

7. Idea de un Príncipe erasmista

Mucho se ha hablado y más escrito acerca de la expansión espiritual y económica de los españoles durante los siglos XVI y XVII, y asimismo de su tendencia imperialista a la vez que religiosa y política. Habría que encontrar la razón de ser de los españoles de entonces, según piensa O'Gorman, "en una visión mesiánica de la historia, fundada en la inquebrantable fe que algunos españoles tenían en el destino providencial de su pueblo, como elegido por Dios para implantar la monarquía universal católica".³⁹ Es decir, la idea imperial responde, pues, a una empresa vital de España, a un tono de vida espiritual en la que lo político es tan sólo una excrecencia.

Nunca —escribe Menéndez y Pelayo— desde el tiempo de Judas Macabeo, hubo un pueblo que con tanta razón pudiera creerse el pueblo escogido para ser la espada y el brazo de Dios; y todo, hasta sus sueños de engrandecimiento y de monarquía universal, lo refería y subordinaba a este objeto supremo: *fiet unum ovile, et unum pastor*.⁴⁰

El gran portavoz de la ambición imperialista de España ha de ser el cronista Oviedo; en él se expresa con claridad meridiana la decisión irrevocable del pueblo español que a la larga ha acabado por adoptar y hacer suyo el cartel expansionista europeo del Emperador. "Un breve pincelazo, escribe Consuelo Coronado, describe en forma cabal el concepto que

39 Edmundo O'Gorman, "Prólogo" a la antología de Oviedo, publicada bajo el título de *Sucesos y diálogo de la Nueva España*, México, Edición de la Universidad Nacional de México, 1946, p. xxvi.

40 Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de los Heterodoxos españoles*, Buenos Aires, Editorial Emecé, S. A., 1945, t. v, p. 431.

LA "UNIVERSITAS CHRISTIANA" Y LA ESPAÑA DEL SIGLO XVI

acerca de la vida tenía el autor hispano. Tan sólo estas palabras: imperialista, español, universal, católico, y todo está dicho. Es la fuente inspiradora de su vida y su obra, como la de todos los españoles del siglo XVI." ⁴¹ Para Oviedo el destino del pueblo español es providencial, Dios ha elegido a España para que sea campeona de la fe y mantenedora de su Iglesia; Dios también le ha otorgado a España un emperador y una bandera universal, la de Cristo. De esta manera se conjugan en Oviedo dos corrientes de acción y de pensamiento que antes eran divergentes. El gran milagro, en ello andaba sin lugar a dudas la mano de Dios, había consistido en haber podido armonizar ideas e intereses opuestos. El rey extranjero Carlos I logra convertirse en el emperador español Carlos V. España acepta, aunque como vimos no sin resistencia, el dominio del mundo, y el Emperador admite, no sin cierta desazón al principio, el papel de cruzado y campeón de la Cristiandad, herencias de sus abuelos hispanos y de España. Para defender a la Europa unificada y cristiana todo le pareciera poco al Emperador, todo lo diera sin siquiera titubear, y con beneplácito ya de sus súbditos españoles, como lo expresara en la Dieta de Worms (1521): *reinos, amigos, cuerpo, sangre, vida y alma.*

¿Qué es lo que había pasado con el Emperador? Nada, una cosa singularísima, pero muy española: materializar el ideal: hacer de la idea espiritual algo tangible, de carne, sangre y hueso; convertir este mundo en cielo, y el cielo en realidad; en suma, hacer de ambos en un intento doloroso, inútil y de antemano fracasado un infierno. Porque ningún pueblo se atrevió a llevar la secularización del ideal religioso tan lejos y por tanto tiempo, y tan inquebrantable y tesoneramente como lo hizo el español; y en ello radica toda su gloria y execración, toda su verdad y mentira. El español secularizaba lo espiritual, pero al mismo tiempo espiritualizaba lo seglar hasta un grado tal que el equilibrio por fuerza habría de romperse en perjuicio de las dos tendencias y, desde luego, con gran daño para las aspiraciones y realidades humanas. España comenzaba a hacer así esa carrera tan desorbitada ⁴² en la historia, que tan absurda resultaría entonces como nos parece también hoy.

Convenientemente se ha discutido entre los eruditos acerca de la idea imperial. Según ellos Gatinara, consejero del Emperador, soñaba con un

⁴¹ Consuelo Coronado G., *El diálogo hispano inglés*, tesis para la Maestría en Historia, México, Facultad de Filosofía y Letras, 1947, p. 26.

⁴² Manuel Calvillo. *Francisco Suárez. La Filosofía jurídica. El derecho de propiedad*, Jornada, No. 43, México, Edición de *El Colegio de México*, 1945, p. 28.

imperio fuerte, respetado y conquistador; Mota, en cambio, imaginaba el suyo como un armónico cónclave de príncipes, duques y reyes católicos cuyo principal objetivo debería ser la lucha tenaz contra los infieles. A la monarquía universal de Gatinara oponía Mota, el consejero español, la *universitas christiana*; frente a la soberbia secular del uno, la espiritual secularidad del otro.

A lo largo de los 71 consejos que imagina Valdés⁴³ que un rey moribundo da a su heredero, se pueden percibir los acimutes orientadores relativos al emperador patriarcal, virtuoso e iluminado por la justicia divina.⁴⁴ Pero de la filatería sentenciosa acumulada por Valdés solamente vamos a recoger aquello que es en sí esencial para caracterizar al emperador con el que él soñaba. Valdés llama tirano al príncipe que se apodera de lo ajeno, y afirma que el interés del rey debe mirar más por la conservación de sus estados que en aumentarlos. Las relaciones entre el pueblo y el príncipe deben estar regidas por un pacto que se destruye o inutiliza en cuanto lo viola cualesquiera de sus partes contratantes. Que es tirano el rey que busca su provecho y no el bien de la república. Que el príncipe no debe mover guerra contra los infieles buscando en ella el interés particular, mas el de la defensa de la fe. Que el propósito del príncipe debe tender al mejoramiento de sus estados y no a ensancharlos a costa ajena. Y que el príncipe fué instituido para la república y no al contrario.⁴⁵

No vamos a caer en la candidez de suponer que Carlos V fué ese perfecto príncipe santo y laico, y cristiano que los consejeros y humanistas cercanos al Emperador soñaron. Ahora bien, el personaje trazado es el modelo, en esto no cabe duda, que se propuso al Emperador como ideal al cual él, en gran medida, aspiró infructuosamente durante toda su vida; entre otras cosas porque Carlos V se vió desbordado por los acontecimientos a los cuales nunca pudo hallar cauce; de aquí que su papel en la historia haya sido el de un emperador frustrado (pese a las apariencias en contra), pero eso sí, a lo grande.

Como escribe Montesinos, prologuista de la obra de Valdés en la edición que hemos consultado, el *Diálogo* es el "reflejo ideal del Carlos V

43 Alfonso de Valdés, *Diálogo de Mercurio y Carón*, Madrid, Ediciones La Lectura, Clásicos Castellanos, 1929, pp. 104; 199 y 202-207.

44 Marcel Bataillon, *op. cit.*, v. I, p. 470.

45 A. de Valdés, *op. cit.*

LA "UNIVERSITAS CHRISTIANA" Y LA ESPAÑA DEL SIGLO XVI

que Valdés hubiera querido: un monarca que supiera instaurar sin sangre, sin terrores, la monarquía universal cristiana en todo el mundo".⁴⁶ Un rey guiado por el consejo de los mejores, un rey que, como el propio Valdés quería, deseara sobre todo "la honra de Dios y el bien universal de la república cristiana",⁴⁷ y al que por sus virtudes y grandezas se le confiriera el sobrenombre de *Máximo*. Este rey además habría de convertir a los infieles; pero no por compulsión, mas por atracción pacífica: "sin armas, sin muertes de hombres y sin derramar sangre cristiana".⁴⁸

He aquí el ideal imperial que se le bosquejaba a Carlos; un ideal europeo encaminado a perpetuar la República Cristiana; un ideal católico, erasmista, pero también hispano.

Carlos V —escribe Menéndez Pidal— el Emperador más grande y poderoso de dos mundos, no formó su ideal imperial imperfectamente y tarde, y no lo formó al dictado de su canciller Gattinara; sino más bien de espaldas a su canciller. El pensó de su imperio por sí mismo muy pronto, sin esperar el dictado de nadie, con sentimientos heredados de Isabel la Católica, madurados en Worms, en presencia de Lutero, y declarados públicamente, con la colaboración de varios escritores españoles: Mota, Valdés, Guevara.⁴⁹

¿Pero obtuvo el Emperador, y con él España, a la que unciera al trono imperial, el éxito que se propusiera? No, y no es que le faltaran empeños y entusiasmos para ello, sino que, como dijimos líneas arriba, los hechos y circunstancias estuvieron siempre por encima de las posibilidades del Emperador y sus consejeros; lo cual no presupone ni mucho menos que sus ideales fueran insinceros, o que fuesen bastardos. El mal, si es que lo hubo, estuvo en el tremendo y trágico viraje que se le dió a la historia de España cuando aun vivía y ordenaba el Emperador; un giro de casi 180 grados, o lo que es lo mismo, un salto brusco desde la política reconciliadora, erasmista y filosóficocristiana al antierasmismo irreconciliador, antirreformista y antimachiavélico.⁵⁰ Una política, la ten-

46 *Ibidem*, p. xi de la Introducción.

47 *Ibidem*, p. 5 del "Proemio" de Valdés.

48 *Ibidem*, p. 196. Véase también para este tema en José de Montesinos, *algunas notas sobre el Diálogo de Mercurio y Carón*, Madrid, Revista de Filosofía Española, 1929, t. xvi.

49 Ramón Menéndez Pidal, *op. cit.*, p. 27.

50 *Vid.* en Juan Cuatrecasas, *Significación del filipismo*, "Cuadernos Americanos", No. 3, México, 1947, p. 108.

lencia primera, de esencia erasmista que permite el diálogo comprensivo entre un Valdés —que seguía también al pie de la letra las indicaciones de Gatinara, canciller tan maquiavélico en sus procedimientos diplomáticos como el que más— y un hombre tan teológicamente huidizo como lo era Melanchthon, en la víspera de Augsburgo (1530): es decir en víspera del rompimiento definitivo del Occidente; y una política, la segunda, que también comienza en Augsburgo, pero que es de signo antirreformista, puesta al entendimiento; política, en fin, que años más tarde se agriará más de suyo en el Concilio de Trento (1545), ratificación española y papal de la desmembración de la Cristiandad.

El Emperador favoreció el anticurialismo erasmista que sus consejeros le recomendaban, pero no pudo mantenerlo con eficacia. No quiso Carlos romper con la reforma luterana, hacia la cual mostró cierta benevolencia al principio,⁵¹ mas a la larga tuvo que combatirla, y aun con encono; no quiso asimismo reducir al papa a la espiritualidad, tal como se lo aconsejara Miguel de Mai,⁵² empero aun sin deseárselo dió comodidad para el terrible y afrentoso *saco de Roma* (1527); quiso el Emperador vehementemente llevar la guerra contra el turco, y lo puso ciertamente en práctica constantemente, más nada definitivo pudo contra ellos; deseó fervientemente unificar espiritual y políticamente a Europa, y sólo acertó a hacer más hondas las diferencias; y por último, admiró profundamente a Erasmo, pero no tanto como para comprometerse en la reforma espiritual y social erasmiana que los mejores hombres de entonces, entre ellos lo mejorcito de España, propugnaban. De esta manera la tolerancia, la comprensión y la libertad espirituales que luchaban por abrirse paso fueron desterradas —especialmente en la Península— y el teísmo universal se convirtió en flor de invernadero, y, por lo mismo, de difícil trasplante para España ya por entonces demasiado intoxicada popularmente de fanatismo, razón por la cual la doctrina sólo pudo arraigar a la larga entre

51 Un cronista oficial de Carlos V, Pedro Mexía, no mostraba *encono* ni *acritud* al escribir sobre la Reforma. Vid. en Juan Mata Carriazo, "Estudio Preliminar" a la edición de la *Historia del Emperador Carlos* de Pedro Mexía, Madrid, Espasa y Calpe, S. A., 1945, p. XLIV.

52 Cfr. Marcel Bataillon, *op. cit.*, v. I, 477. Con criterio parecido, Lope de Soria y el Abad de Nájera querían anular así lo aconsejaban— la preponderancia política del Papa (Clemente VII). A. I. "Introducción" al *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, de Alfonso Valdés, Madrid, Clásicos Castellanos, Ediciones "La Lectura", 1928, p. 50.

los estadistas, secretarios y consejeros de los que rodaban por los caminos de Europa siguiendo a la carroza viajera del incansable Emperador, y entre alumbrados, espiritualistas y frailes prerreformistas y cisnerosianos.⁵³

La conciencia popular española que había sido durante la Edad Media tolerante para con los enemigos de la fe a pesar del eterno conflicto fronterizo entre hermanos, se va trocando en fanática y persecutoria, y durante el reinado de los Reyes Católicos se hace dura e intolerante. Con Cisneros y después con los Felipes, desaparecen las más pequeñas muestras de comprensión, convivialidad y tolerancia; la espiritualidad española se anquilosa y sólo responde con violencia a todo estímulo; en suma, para los españoles no habrá otra mejor solución que la de cerrar contra los disidentes e infieles sin dar ni pedir cuartel; guerra total, a ultranza. Tal y no otro será el cartel que ya se perfila en el conocidísimo mensaje de Acuña, el poeta favorito del Emperador, al anunciar al mundo la llegada del pastor imperial; mas un rabadán que en lugar de la usual cayada habría de blandir la cruz del acero:

Ya se acerca, Señor, ya es llegada
 La edad dichosa en que promete el cielo
 Una grey y un pastor solo en el suelo,
 Por suerte a nuestros tiempos reservada.
 Ya tan alto principio en tal jornada
 Nos muestra el fin de vuestro santo cielo,
 Y anuncia al mundo para más consuelo
 Un monarca, un imperio y una espada.

Sea como fuere, el caso es que Carlos V y su España tuvieron que hacer frente al cuadro de las dicotomías culturales, políticas, económicas y religiosas que resquebrajaron la cristiandad. Merced a las nuevas fuerzas materiales que el descubrimiento de América produjera, Europa tiende cada vez más a la fragmentación. "La mayor oportunidad ofrecida a Europa, traducimos de A. H. Fisher, de emprender un gran trabajo de cooperación civilizadora fué dejada. El descubrimiento del Nuevo Mundo, el cual bajo la dirección y feliz temple de la mente humana habría podido lograr una armoniosa subdivisión del nuevo continente entre los poderes más interesados, fué al contrario la señal para el rompimiento de una cruel guerra, y de piraterías sobre los mares, que se prolongaron

53 *Apud* Bataillon, I, X.

or generaciones".⁵⁴ La razón de Estado canonizada por Maquiavelo pro-ama sin reticencia que el interés de cualquier país está por encima del de los otros; que el provecho particular nacional es anterior y superior al universal cristiano. Toda cortapisa de carácter ético tradicional se resaca, y la *universitas christiana* tuvo, por ende, que quedar disuelta.

La vieja cristiandad —escribe Francisco Ayala— se encuentra separada ahora en unidades políticas independientes, y dentro del marco de cada Estado ha comenzado a evolucionar y a desplegar con desarrollos culturales que divergen. Las naciones se van extrañando unas a las otras, se configuran cada cual a su manera y van creciendo en las diferencias hasta adoptar fisonomías de día en días más hostiles sobre un fondo común de día en día más débil.⁵⁵

Para restablecer el equilibrio y posibilitar la convivencia tuvo que recurrirse al Derecho internacional que desarrolló Grocio partiendo de Grotorio y Soto;⁵⁶ pero siempre ha sido y constituido dicho derecho un equilibrio precario. Una vez que el Derecho canónico de supuesto origen divino estuvo invalidado, no pudo el derecho humano alcanzar la amplia autoridad que le era necesaria. Las roturas y fricciones frecuentes del Derecho internacional nos están diciendo de la fragilidad del hombre y de sus instituciones. Al no reconocerse la autoridad moral y religiosa, toda apelación a un tribunal trascendentalmente superior quedaba inoperante. El derecho, en suma, sería el del más fuerte; siempre había ocurrido así, pero ahora se declaraba inocua la sanción moral. Las naciones desconron las unas de las otras y no hubo más remedio que recurrir con deso a una política de alianzas y ligas, a un equilibrio de fuerzas que saltara la posición del débil y anulara la del poderoso. Como resultado apareció la política del *equilibrio europeo* y la concomitante *balanza de poder*, y es Inglaterra, ayudada por su posición insular, la primera que la utiliza con un éxito. El gran cardenal Wolsey se dió cuenta de las ventajas que creaba a su país la oposición de dos potencias de similar fuerza en el continente. La leyenda quiere que sea el rey Enrique VIII el iniciador

54 H. A. Fisher, *A History of Europe*, London, Editado por Edward Arnold & Co., 1940, p. 436.

55 Francisco Ayala, *La Coyuntura Hispánica*, en "Cuadernos Americanos", 4, México, 1943, p. 73.

56 En justicia deberíamos haber añadido a éstos los nombres de Las Casas, Vázquez Menchaca, Molina, Covarrubias y Baltasar de Ayala.

de esta nueva política, expelida según parece mientras se celebraba un banquete fastuoso en París, en el que también estaba, claro es, Francisco I: *Cui adhaereo praest.*⁵⁷

Europa no tenía pues remedio, se había convertido en un mosaico de naciones, en un avispero nacionalista en el que no cabía ya una dirección espiritual superior y de conjunto. Por el lado religioso, los afanes de renovación y nueva vida sentidos por todos los hombres y estamentos sociales culminan en la Reforma; hecho histórico que tantas y tan grandes repercusiones tendría para el mundo moderno, por lo que nos interesa valorarlo como el elemento auxiliar más poderoso de la escisión europea: la paz religiosa de Augsburgo (1555) y su receta favorita, *cuius regio eius religio*,⁵⁸ constituyen la prueba fehaciente de que la tranquilidad y unidad continentales eran cosa del pasado; pero la reforma religiosa, se debe añadir, no fué sino una de las cooperantes fuerzas en el alumbramiento de lo nuevo. La razón de Estado reemplazaba al viejo ideal de universalidad cristiana, mas la historia, como escribe Imaz, iba por ahí, no había remedio: "Emancipación de Roma, atesoramiento de riquezas, nacionalismo y grandes potencias";⁵⁹ he aquí las exigencias de la famosa razón de Estado que no tardaría mucho en trocarse en un estado de razón mediante el cual Europa entera respiraría feliz y a pleno pulmón, al menos así se lo creía ella, en el nuevo ámbito y clima racionalistas.

El siglo XVI —escribe Fernando de los Ríos— tiene el valor de una divisoria de vertientes para la cultura occidental; la conciencia europea se desgarró y surgieron dos actitudes, renacentistas ambas, que responden a la manera cómo cada cual concibe la relación del hombre con la naturaleza, y de la relación con Dios.⁶⁰

57 Cit. J. Jastrow, *Historia Universal*, Barcelona, Editorial Labor, 1937, p. 270.

58 Propone Tonybee una inversión de los términos, y no le faltan razones históricas y ejemplos para ello, verbigracia el "París bien vale una misa" del futuro Enrique IV; de tal suerte la expresión anteriormente subrayada pudiera trocarse en esta otra: *religio regionis religio regis*. Vid. en Arnold Joseph Tonybee, *A Study of History* (Texto abreviado por D. C. Somerwell), New York & London, Oxford University Press, 1947, p. 494.

59 Eugenio Imaz, "Prólogo" a la obra citada, p. 22.

60 Fernando de los Ríos, *Religión y Estado en la España del siglo XVI*, Nueva York, Edición del Instituto de las Españas, 1927, p. 34.

La Reforma ciertamente no fué la única fuerza que contribuyó al parto nacionalista; pero sí fué, como ocurrió en el caso de Inglaterra, una de las más importantes.⁶¹ Ha comenzado la etapa de la concordia y discordia, como escribiera Luis Vivés, de la paz fugaz seguida de la alternativa guerrera; del ciclo repetido, tenaz y cruento, sin treguas de Dios. Los amigos se extrañan y los países también; se ha desgarrado la conciencia europea según Fernando de los Ríos; más que eso, se ha desgarrado el aire de familia, el parentesco, el reconocimiento de la cuna y hogar comunes; y todo en nombre de Cristo. Bajo palabrería altisonante se disfrazan los deseos, los apetitos y egoísmos más innobles y turbios; mas en realidad la sevicia y la fuerza son los únicos argumentos que prosperan y mandan. Cada nación insaciable y enarbolada levanta su concupiscencia por encima de las otras naciones y la descarga como contundente bastón sobre la vecina intentando despojarla. Razón de Estado, equilibrio europeo, balanza de poder, pactos y antipactos, ligas y antiligas, en esto y no en otra cosa consistirá la nueva fraseología europea reveladora de la rotura, del espantoso siete espiritual. Aun podríamos añadir una lista casi interminable de nuevos conceptos y procedimientos puestos en boga, mas para nuestro intento son suficientes las líneas arriba transcritas. Todos han contribuido a formar la civilización europea; pero a costa de muchos dolores, lágrimas y sangre. Y lo que es peor, hasta la fecha no se han secado los manantiales del llanto. El decantado equilibrio europeo, símbolo y cenit de la fragmentación, ha dejado a la historia universal de Europa deshilvanada y como en hilachos.

9. *Una oración ejemplar y europeizante en pro de la unidad cristiana*

Para ilustrar convenientemente el encabezado debemos echar mano del discurso pronunciado por Carlos V ante Paulo V y la Corte Pontificia el lunes de Pascua (17 de abril) de 1536, recién llegado el Emperador a Italia de regreso de la campaña contra Túnez. Señalemos en primer lugar que la alocución fué expresada en castellano, y que ante la protesta insistente del embajador de Francia, que apenas si pescaba alguna que otra palabra, Carlos V respondió acremente y calificó al que se escapaba de sus

⁶¹ Hans Kohn, *Historia del Nacionalismo*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1949, p. 146.

labios de idioma cristiano; es decir, imperial, y por eso digno de ser entendido y hablado por todos.⁶²

El discurso de Carlos fué más bien que hablado, barbotado afrentosamente contra Europa, aunque a decir verdad, y de la cuenta tomada en actas y archivos, lo fué contra Francisco I y su corrosiva alusión a la herencia de Adán. El rey de Francia simbolizaba entonces, representaba y encabezaba la levadura ambiciosa de los nacionalismos europeos, que apenas si recién nacidos, ya se cubrían del alhorre pestilente y fraticida de las guerras civiles; que no otro calificativo —alguien lo escribió y por cierto bien— sino éste puede aplicarse a las allí habidas desde entonces acá.

A Francisco I, atareado en engrandecer a Francia y en engrandecerse, se le daba un ardite de Carlos y de su trasnochada cruzada; por eso procuraba, y casi lo consiguió, obstruir por todos los medios los proyectos y acciones del Emperador.

Carlos comienza su discurso declarando que tanto él como sus antepasados procuraron siempre relaciones pacíficas con los demás; que siempre desearon *"la paz y sosiego de la cristiandad, deseando orgullosamente emplear todo el poder y grandeza que Dios les dió contra los paganos yn-fieles, enemigos de nuestra sancta fee catolica"*. No había en esto ningún fervor de novicio, pues en agosto de 1527 le había dirigido a Enrique VIII una carta justificando el saqueo de Roma, carta que termina con un llamamiento a la antigua fe de cruzada, y en la que le pide además al rey inglés su concurso para la empresa de combatir a los turcos.

Ayudándonos por la vuestra a remediar los males que padece la christiandad y en ella la honra de Jesu Christo, porque brevemente podamos bolver las armas contra los enemigos de nuestra fe christiana.⁶³

Estas declaraciones refuerzan sin más la tesis acerca de la hispanización del Emperador, pues con dificultad se hubiera encontrado Carlos V por la rama paterna a antecesores inmediatos suyos de que enorgullecerse por haber luchado en defensa de la fe cristiana contra la Media Luna.

62 El texto del discurso es el recogido por el padre Miquélez; y es el mismo que se transcribe íntegro en la obra de Fernando de los Ríos ya citada por nosotros (Vid. *supra*).

63 Cfr. Alfonso Valdés, *op. cit.*, pp. 87-92.

Arremete en seguida el joven Emperador contra su rival el rey de Francia, y no sin cierta razón: *"Y así mismo a V. Santidad y a todos vosotros creo sea notorio quanto por parte del rrey de Francia y de continuo los tales efectos se hayan estorbado, digo de la paz de la Christiandad, y de la guerra que con ella a los enemigos de Dios y nuestros se pudiera haver hecho."* Acumula inmediatamente una abrumadora cantidad de pruebas contra Francisco I, para señalar la culpabilidad del rey francés por negarse éste a auxiliar a Carlos en su lucha contra los turcos; a saber: 1) las dilaciones y pretextos del rey para no acudir en ayuda de Hungría que estaba amenazada por los turcos; 2) la negativa del rey para no auxiliar con su armada a la empresa contra Corón; 3) los conciertos y ligas del francés con el turco, enemigo irreconciliable de la Cristiandad; 4) el rechazo del préstamo de las galeras francesas para la expedición contra Túnez; y 5) la amistad de Francisco I con Barbarroja.

El Emperador hacía sincera y vehementemente sus cargos, y en verdad que en otra época hubieran sido más que suficientes para descalificar a su oponente. Lo que se pone de relieve no es tanto la justicia de la causa de aquél, sino la falta de resonancia continental, la sorda y poca acogida que se daba a sus alegatos: Carlos V endilgaba ciertamente su discurso a un espectro, a una Cristiandad ya inexistente.

Cabe pensar lo que hubiera sido de Europa, con los turcos ya a las puertas de Viena, si desengañado Carlos V por los egoísmos nacionalistas de Europa se hubiera retirado de su papel de paladín cristiano. Una embajada del Emperador enviada ante el rey Enrique VIII solicitando de él ayuda contra el turco, fué cortésmente recibida y más cortésmente despachada con la respuesta de que en tanto que duraren las rencillas francoespañolas los ingleses no empeñarían ni un solo hombre, ni un solo barco contra el enemigo común de los cristianos. Inglaterra practicaba así con gran éxito la positiva y reciente política de equilibrio europeo. A pesar de la negativa Carlos no se amilanó, y manteniéndose en sus trece, pechó con las riquezas de su imperio y la sangre de sus soldados para salvar a Europa; no sabemos ciertamente que haya habido aún nadie, fuera de los de casa y aun así no todos, que se lo haya agradecido una pizca a España,⁶⁴

64 En 1527 visitan los emisarios del Emperador, Gabriel de Salamanca y Faber a Enrique VIII. Tomás Moro contestó en latín en nombre de su rey,

Si Carlos V hubiera vivido más, habría visto algo muy superior incluso a las ligas que contra él promovieron sus enemigos; algo paradójico y que habla por sí solo: a un Papa excomulgando a su prudentísimo y cristianísimo hijo Felipe II, a la vez que pactando con el adversario tradicional de la Cristiandad. A decir verdad Roma nunca comprendió la actitud de España, tradujo sólo los valores políticos. La postura religiosa del Emperador y de sus descendientes siempre fué a tuertas interpretada. El Papa jamás pudo entender que los españoles de entonces fueran más papistas que él mismo; o como lo aclarara el propio Carlos V escribiéndole a Clemente VII: *Si vuestra Sanctidad lo quiere mirar sin pasión, hallará que no hay Rey ni Príncipe a quien más deba la Sede Apostólica que a Nos*. Precisamente esto era lo malo, y cuanto más lo comprobaba y sopesaba el Papa tanta mayor incomodidad sentía. La política vaticanista fué, pues, torpe al poner en práctica la teoría de la balanza de poder, y por creer que su papel era ahora el mismo que había practicado magistralmente durante las viejas luchas entre güelfos y gibelinos. Pero no columbró que las circunstancias eran entonces distintas, que los días de Canosa habían ya pasado.

Carlos pone ante Dios la justicia de su causa, máxime que las guerras imperiales que desata son para conservar, según expresa, la herencia de sus mayores: *"más por necesidad de defender lo nuestro, que por deseo de adquirir lo ageno"*.⁶⁵ En esto era sincero y seguía la pauta marcada por Mota y Valdés. La visión del Emperador era ante todo esencialmente espiritual; soñaba, guiado como dijimos por sus consejeros erasmistas, con la realización de la *Universitas Christiana*. El no deseaba aumentos territoriales, quería la felicidad de todas las naciones cristianas y de todos los hombres: felicidad en el mundo, felicidad en Cristo: *Philosophia Christi*. El viejo ideal del caballero se suma a la nueva tarea de armonizar la fe y el humanismo. Lo que anhelaba más que nada el Emperador lo expresará patéticamente al finalizar su discurso: *"Y con esto acabo diciendo una vez y tres: que quiero paz, que quiero paz, y que quiero paz."* El Emperador guerrero era después de todo un sincero pacifista; estaba incluso

lamentando las luchas intestinas que asolaban la cristiandad, que permitían que el turco amenazara Hungría. En suma, Enrique VIII hacía saber al Emperador que la unidad previa era indispensable para que él se decidiera a auxiliarle.

65 *Discurso, op. cit.*

dispuesto a entregar a Francisco I el principado de Milán, motivo de tantas pugnas, con tal de conseguir la paz.

10. *El proyecto ecuménico*

Para darnos cuenta de la necesidad que tenía de paz no hay más que referirnos a sus propósitos que implican una grandiosidad esquemática verdaderamente extraordinaria. Su intento consistía en encabezar una última y decisiva cruzada contra el turco, la última si se quiere de las cruzadas medioevales; ⁶⁶ pero que contenía en sí misma el postrer esfuerzo y el último munífico impulso hacia una confederación europea. Su proyecto, sin embargo, recibió una glacial acogida; el eje económico de Europa se había cambiado del Mediterráneo al Atlántico, y todo lo que significara una alianza para un esfuerzo colectivo en pro de la reconquista espiritual y material de las tierras de Oriente estaba de antemano condenado al fracaso; es decir, no interesaba. Los tiempos no estaban ya para cruzadas; el hechizo sentimental y lucrativo había encontrado ya para entonces, como sabemos, un sorprendente y proficuo sustitutivo en las aventuras de ultramar. Carlos V al igual que muchos de sus coetáneos no se dió cuenta a carta cabal de qué era lo que estaba, y lo que le estaba pasando. Como Colón persistió en agarrarse a los asideros medioevales que aún deambulaban y deambularían como trasnochados; de aquí sus palabras: *mi intención no es desear guerra contra cristianos, sino contra infieles; y que la Italia y la Cristiandad estén en paz y posea cada uno lo suyo; y que nos concertemos y hagamos una confederación contra los infieles, como ha sido y es siempre mi intención hacella. Donde habrá mucha tierra para que nos podamos partir, sin pensar en la de acá*. ⁶⁷

La Reforma vino a empeorar al enfermo ya de por sí desfalleciente, y la actitud conciliadora del Emperador hacia ella se va a trocar a la hora de su muerte en un seco e implacable consejo dado a su heredero Felipe II: que acabe con los herejes. El *defendella y no enmendalla* del clásico será la divisa de la España de los Austrias y, por qué no decirlo, de toda

⁶⁶ No hubo rey de la casa de Austria que no soñara con ser el último cruzado, salvo, claro está, el cuitado Carlos II. Incluso alguno que otro trasnochado borbón intentó reverdecer la vieja empresa, mas con miras excesivamente seculares.

⁶⁷ *Discurso, op. cit.*

LA "UNIVERSITAS CHRISTIANA" Y LA ESPAÑA DEL SIGLO XVI

su historia hasta 1899. Varían las circunstancias y los problemas; pero el empeño es el mismo, la intransigencia soberbia, la pertinacia contumaz, valga el pleonasma: *hasta el último hombre, hasta la última peseta*:

España, como dijo alguna vez Nietzsche, quiso demasiado, y tanto que persiguiendo sueños de unidad continental fué dejando jirones de su carne y alma a lo largo de una ruta escabrosa en la que, como Don Quijote, no recogió sino palos y pedradas de todos los galeotes, de todos los yangüeses y cabreros del mundo. Ahora son los follones y malandrines, los del tanto más cuanto, los del debe y el haber, los más asustados por el asesinato del Triste Caballero, ¡pues sabedlo! Don Quijote murió asesinado y con él la Europa unificada que intentó regir y que tantos quebraderos de cabeza le trajera. Sin embargo, España no necesita que se la justifique jeremiáticamente por el lado del despecho o por el tan socorrido de la decadencia, que no hubo ninguna, lo que se comprende cuando se deja de poner el acento en lo político y se pone mejor en lo espiritual que ella representara y defendiera. Tampoco precisa España de los aydemies, de los poetastros ni de los plantos fervorosamente farisiacos del pseudoensayista o del pseudodocto. Lo que hizo España hízolo a ciencia y paciencia, satisfecha y entusiasmada; *con fervor religioso, popular, imperial e inquisitorial*; disparada como la aporítica flecha de Zenón hacia un porvenir imposible e incierto por lo mismo que era humano y generoso.

Europa (Occidente o Cristiandad) tuvo la gran oportunidad en sus manos; la única tal vez que se le presentó con viso de éxito a todo lo largo de su historia; la posibilidad de cristianizar al mundo dándole una base cultural-espiritual común. Pero prefirió continuar en la empresa del particularismo regional, egoísta y práctico. Por ese camino la cultura de Occidente ha llegado a ser a la larga lo que hoy es; mas no sin una manifiesta desazón de encontrarse al borde de su carrera, dándose cuenta de que sobre la tierra no es sino una cultura más y, desde luego, ni la decisiva ni la única.

JUAN A. ORTEGA Y MEDINA